

Alquimia de la destrucción

Agapito Martínez Paramio

"In girum imus nocte et consumimur igni."

"Giramos en círculo en la noche y somos consumidos por el fuego"

Palíndromo latino.

"Nunca triunfó, pues creía demasiado en lo imposible. No es de extrañar
estaba siempre concibiéndolo."

Baudelaire.

PERSONAJES

ARTHUR RIMBAUD. Poeta. En la primera escena 17 años.

*Niño sabio sombrío de orgullo. Con él avanzan
atrocidades. Cree en los vastos fines, sueños o
pasos inmensos y atravesando la noche invoca la
muerte.*

PAUL VERLAINE. Poeta. En la primera escena 27 años.

*Vértigo, hundimiento, derrotas y piedad. Esposo
infernado. Con sus besos y sus abrazos busca el cielo,
un cielo lóbrego en el que le hubiera gustado que le
abandonasen.*

MATILDE. Mujer de Verlaine. Lleva dos años casada
en la escena II.

*Con el libro del deber entregada a las repugnancias.
Muy inteligente, sin embargo, ciertos tics negros y
algunos rasgos suyos ponen al descubierto acres
hipocresías.*

ISABELLE. Hermana menor de Rimbaud.

Carga a cuestas con una vida de frustración. Religiosa, timorata y cariñosa con su hermano, su ídolo ausente.

LA MUCHACHA JOVEN. De enorme parecido con MATILDE.

EL MÉDICO. Interpretado por el mismo actor que Verlaine.

Escena I

Los lobos aúllan bajo la nieve.

Campo nevado. Dos jóvenes harapientos y errantes avanzan bajo el ojo cerrado de los paraísos. El crujido de sus pasos espanta a los cuervos. Los lobos replican con sus aullidos desde los bosques violetas: en el horizonte, el cielo es de un rojo infernal.

RIMBAUD.- ¡Sígueme!

VERLAINE.- ¡Mañana! ¿Qué sentido tiene adentrarse en este infierno de nieve?

RIMBAUD.- ¡Vamos!

VERLAINE.- ¿Quieres que coja una pulmonía? No puedo tenerme en pie de la fiebre.

RIMBAUD.- No culpes a la fiebre, es el alcohol el que te dobla en dos. **(Mira hacía el sol.)** Hay que darse prisa. Falta poco.

VERLAINE.- ¿Poco para qué?

RIMBAUD.- ¿Lees los periódicos con el culo? Para el eclipse de sol.

VERLAINE.- ¿Cómo? **(Mira hacía el sol.)**

RIMBAUD.- No mires al sol o quemarás tus retinas. **(Observa los alrededores.)** Este lugar valdrá. Aquí nadie, nadie salvo nuestros manchados cuerpos podrá herir la pureza. La fealdad se mantiene lejos. **(Forma un círculo sobre la nieve con una cinta roja.)** Aquí, como ilusos en un

sueño feliz, podemos imaginar que es mentira la supremacía de lo abyecto; el asco que gobierna el mundo. (**Bebe de la botella que lleva VERLAINE.**) ¡Qué miras!

VERLAINE.- También tú estás borracho. (**Le acaricia la frente.**) ¡Tranquilízate!

RIMBAUD.- (**Se separa con brusquedad. Descubre su pecho al aire, arrancando los botones de la camisa. Se descalza.**) El ritual requiere que nos desnudemos. Escondemos nuestro cuerpo porque somos ídolos de fuego que hemos manchado nuestro límpido cuerpo en sucias servidumbres...

VERLAINE.- Estás loco, el frío nos matará. (**Intenta besar a RIMBAUD pero este le rechaza.**)

RIMBAUD.- ¡Todo lo mal interpretas! Contigo sólo encuentro lo más negro que llevo dentro. (**Mira al sol. Saca una pistola de su raída chaqueta.**) Se aproxima el momento de la oscuridad. ¡Toma! Te cedo tu derecho. Empieza tú.

VERLAINE.- (**Coge la pistola.**) ¿Qué pretendes que haga con esto?

RIMBAUD.- ¿Te ríes de mí? No, es cobardía. Estás demasiado cargado de la leche de la ternura para seguir el camino elegido. Finges no acordarte, pero bien sabes con qué detalle proyectamos hacer coincidir nuestro suicidio con el eclipse.

VERLAINE.- Juro por Baudelaire que no recuerdo nada.

RIMBAUD.- No jures, apóstata.

VERLAINE.- ¡Joder, no lo recuerdo! Da igual, no puedes tomarte en serio toda la palabrería que me sale por la boca con la misma velocidad que entra en ella el ajenjo... sólo son palabras.

RIMBAUD.- Valiente poeta, a la primera reniegas de tus propias palabras. Venimos a cumplir nuestro más ferviente pacto de deseo, venimos a suicidarnos en reciprocidad. ¡Cumple!

VERLAINE.- Soy incapaz de acabar con ese fruto maduro que es tu cuerpo.

RIMBAUD.- Monsergas de verdulera. Qué fácil es hablar sabiendo que nuestras acciones jamás llegarán a ser realizadas. Eres como los demás. ¡Vuelve al establo de los

poetas! Seguid con vuestro sermón de cura, vuestra arenga de filósofo, vuestra mierda de vaca...

VERLAINE.- ¡Refrena tu lengua desbocada!

RIMBAUD.- Revienta conmigo y aprenderás que como artistas, nuestra sangre y nuestra casta nos empuja a crímenes y a lutos...

VERLAINE.- (Llorando.) ¡No!

RIMBAUD.- Deja de lloriquear, farsante. Vamos, ponla en mi sien. (RIMBAUD conduce la muñeca de VERLAINE hacia su sien.) ¡Dispara! (VERLAINE tiembla impotente y se deja caer al suelo.)

VERLAINE.- No, no puedo... jamás te haría daño...

RIMBAUD.- Tienes el corazón en ese vientre en el que duerme tu doble sexo. ¿Sientes como late encogido, sin erección posible? Reposa más afeminado que nunca. ¡Trae! (Coge la pistola.) Te derrumbas ante una prueba tan escasa. Será mi mano quien reemplace tu cobardía.

RIMBAUD, a cierta distancia, apunta el cañón de la pistola hacia la sien de VERLAINE. Dispara dos veces. Gran estruendo. Los cuervos graznan asustados.

VERLAINE.- ¿Pero qué...?

RIMBAUD.- (Ríe con estridencia. Cae de espaldas sobre la nieve.) Pobre infeliz, es sólo fogueo... ruido. Espero que el estruendo te despierte y te veas como eres; un poetaastro apoltronado en su cómoda pose. Te agradecería ser grande pero careces de la ambición que debe acompañarla.

VERLAINE.- ¡Basta! Deja ya de denigrarme.

RIMBAUD.- Lo mereces ¡Fingidor!

VERLAINE.- ¿Fingidor yo? Estoy harto de tus macabras bromas.

RIMBAUD.- Era una prueba, no una broma.

VERLAINE.- Casi me revientas el corazón.

RIMBAUD.- Hablas de querer despertar al mundo, de iluminarte, de abrirte conmigo a un perpetuo paraíso de novedades... paparruchas. Jamás serías capaz de seguirme.

VERLAINE.- No entiendo que sacas con estas

astracanas crueles. Quieres estrujarme, hundirme. ¿Qué buscas? Ya conseguiste que la policía nos expulsara de la ciudad. Si no llegan a reconocerme acabamos en la cárcel.

RIMBAUD.- Oración: Gracias señor por darme a un compañero de libertinaje que es poeta reconocido y que para más inri es taimado y cobarde. Gracias, amen. ¡Vamos, si todavía veo tu cara de lelo disculpándose!: "Todo es un lamentable error; relataba uno de sus cuentos en prosa..."

VERLAINE.- ¿Te crees tremendo, verdad? Cuando elogiabas el asesinato como una de las bellas artes y describías a esa panda de paletos de taberna el extraño placer que sentías al asesinar y descuartizar, te miraba, ¿y qué piensas que veía?, tu grandeza, no, sólo la vulgar pose de un crío perverso que intenta parecer diabólico. ¡Pavoroso! Y aquellos tontos se tragaron tu pésima bufonada y avisaron a la policía. Tu cabezonería te impide escarmentar ¿verdad?

RIMBAUD.- Bla, bla... y así habló el rancio matusalén. No me entiendes porque te falta el instinto del mal. Sin él nunca dejaras de ser un viejo y ramplón mediocre.

VERLAINE.- (Atusándose el escaso pelo de la cabeza.) ¿Viejo yo? Sólo te saco diez años.

RIMBAUD.- Y yo soy un niño con mis diecisiete, ¿no?

VERLAINE.- Sí.

RIMBAUD.- Da igual, viejo. No desvíes la discusión. Yo quiero algo más de nuestra relación. Lo quiero todo, y tú eres incapaz de ir más allá del verbo. Sólo trataba de demostrarte que eres incapaz de dar la vida entera por el otro cuando se te despoja de retóricas poéticas. (Pausa. Se escucha el aullido lánguido de los lobos.) ¿Escuchas a esos lobos? Si se les domesticara morirían; son mi espíritu que aulla bajo la nieve. Estás tiritando. (Pone su mano en su frente.) Es verdad que tienes fiebre.

VERLAINE.- (Rascándose.) Tengo fiebre y piojos.

RIMBAUD.- (Mirando al sol.) No mires. Ya entra la silueta de la luna dentro del sol.

VERLAINE.- Escucha... no se oye nada en el bosque. Es como si planeara sobre el ambiente el lento murmullo de una canción de muerte... ¿No la oyes? Su susurro me estremece...

RIMBAUD.- ¡Qué nos cubra como la nieve con sus rosas y como ella aplique sobre nuestro cráneo su sombrero blanco!

VERLAINE- Esta lúgubre oscuridad del día me da miedo. ¿Y si realmente ya estuviéramos muertos?

RIMBAUD- Seríamos ánimas errantes con tufo a ajeno.

VERLAINE- **(Pausado.)** ¡Saca la navaja que te regalé!

RIMBAUD- ¿Qué te pasa? Estás pálido como un muerto.

VERLAINE- ¡La navaja!

RIMBAUD le ofrece una navaja de nácar. VERLAINE abre su hoja y se da un corte limpio en la palma de la mano. Mana sangre, hasta que con la misma facilidad con la que arrancó su fluir, la sangre se coagula sobre la palma.

VERLAINE- Se me heló la sangre.

RIMBAUD- ¡Qué dices!

VERLAINE- ¿Qué puede presagiar la coagulación de la sangre?

RIMBAUD frota la palma de la mano de VERLAINE. La herida vuelve a sangrar en abundancia.

VERLAINE- ¡Aquí está la sangre! ¿Querías un pacto?, es el momento. Aprovechemos el círculo y amparados en la sombría caverna de la luna, en la que la imaginación se condena con sus propios tormentos, transformémonos en ángeles y demonios dispensados de toda moral.

RIMBAUD- ¡Te sigo! **(Con el filo de la navaja se corta en la palma de su mano y la une a su gemela en VERLAINE.)** ¡Propón las condiciones!

VERLAINE- ¡Qué nuestra unión nos ayude a comprender lo que contiene el mundo en sus entrañas! ¡Qué nos ayude a poseer el secreto de la creación, para abandonar este tráfico de palabras misteriosas que nos obliga a usar nuestra ignorancia!

RIMBAUD- ¡Qué podamos engrandecer el alma hasta sus límites mas extremos como si fuésemos dioses reencarnados en hombres!

VERLAINE- ¡Sea! Y ahora señalemos las condiciones sin las que todo pacto no es más que morralla. Empieza tú.

RIMBAUD- ¡Seremos venenosos para los demás, estiércol, fertilizantes para la tierra y de nuestra materia venenosa en putrefacción brotarán las flores más hermosas!

VERLAINE- ¡Renegaremos de aquello que nos envilece: el engaño de la fama, el renombre...! ¡Renunciaremos a todo lo que nos estorbe para alcanzar la vida nueva!

RIMBAUD- ¡Naceremos al mundo, liberados de todas sus ataduras!

VERLAINE- ¿Algo más?

RIMBAUD- Nunca miraremos atrás. A la mierda el pasado con su baúl lleno de las miserias que nos incrustaron desde pequeños en nuestro blando cerebro.

VERLAINE- ¡Sangre, corre con frenesí y únenos!

RIMBAUD- ¡Engrandécenos, degrádanos hasta el fondo de las heces!

VERLAINE- (Mira al sol.) Nuestro tiempo se acaba.

RIMBAUD- Comienza.

VERLAINE- No veo nada... ¡estoy ciego!

RIMBAUD- Te lo advertí. Abrázate a mí. (Se funden en un largo beso.)

Oscuro.

Escena II

El corazón del payaso.

Habitación amplia y acomodada del matrimonio
VERLAINE. En el centro, una cama ancha cubierta con una colcha negra y presidida por un crucifijo, insufla un aire mórbido a la escena. La luz que apenas entra por un amplio ventanal desdibuja las figuras estáticas de **VERLAINE** y **MATILDE** que se besan fundidos en un

abrazo. Fuera llueve con rabiosa intensidad.

MATILDE- Cariño ¿por qué te destruyes con tanta rabia?

VERLAINE- **(Separándose.)** ¡Déjalo! Conozco el preludio de tus homilías.

MATILDE- El alcohol es un veneno letal para ti. Te trastorna... como anoche... volviste a forzarme.

VERLAINE- Creo recordar que no opusiste mucha resistencia.

MATILDE- Soy tu mujer. **(Pasando la mano por su vientre.)** Temí que pudiera dañar a nuestro hijo.

VERLAINE- Fornicar bajo la bendición matrimonial nunca daña.

MATILDE- **(Tranquila.)** No hables así.

VERLAINE- Me exasperas con tu pasividad.

MATILDE- Soy prudente.

VERLAINE- Si me abofetearas, me gustaría. A la larga nuestra relación iría mejor.

MATILDE- Aprendí a sufrir y callar observado las disputas de mis padres. Me trago tus excesos y los rumio en silencio.

VERLAINE- **(Sujetándola por los hombros.)** ¡Grita, suelta de una vez lo que te atraganta!

MATILDE- **(Desasiéndose.)** Mi obligación es dominarme y sacrificarme.

VERLAINE- ¿Por qué?

MATILDE- Por nuestro hijo, y por no enfangar más la reputación de nuestra familia.

VERLAINE- Contigo no es posible...

MATILDE- ¿El qué?

VERLAINE- Nada... ¡Dame fondos!

MATILDE- Apenas tenemos con qué acabar el mes.

VERLAINE- Pídele a tus padres.

MATILDE- (Saca dos o tres billetes de su blusa y le da parte a VERLAINE, que se dispone a salir.) ¡Escucha!

VERLAINE- ¡Qué!

MATILDE- Recuerda que dentro de unas horas te entregan el premio en la Embajada... tienes que vestirme correctamente...

VERLAINE- Vamos, me torturas con tus rodeos. ¡Suéltalo!

MATILDE- Me resulta difícil explicarlo... Has cambiado... te has transformado en un ser hosco, cruel... ¿En qué te he fallado? ¿O no he sido yo? Nos queríamos tanto. Desde que él llegó, te encaprichaste de... su amistad... y se ha ido abriendo entre nosotros una grieta que aumenta cada día y nos va separando en islas clausuradas... Él es quien empuja nuestra desunión.

VERLAINE- ¿Y?

MATILDE- Mis padres quieren que se vaya de esta casa cuanto antes.

VERLAINE- ¿Tus padres? ¿Dónde queréis que vaya? Es un poeta que empieza, es brillante... un genio que...

MATILDE- Que no tiene donde caerse muerto. Que vuelva con su madre.

VERLAINE- Imposible... Además tengo un compromiso con él.

MATILDE- Nada de la oscura relación que te ligue a él puede ser más fuerte que los lazos del matrimonio y que el murmullo de la propia sangre que corre por tu hijo.

VERLAINE- Queréis que deje de verlo. ¿No es eso? Os basta con tapar las apariencias, cubrir la herida, pero sin mirarla, por si es demasiado espantosa.

MATILDE- Eres tú el que siempre se esfuerza en vestir el hedor con palabras. Tú eres el poeta. Dile que se vaya o lo hará mi madre.

El cántico lejano de un coro de monjas que entona una de sus letanías se funde con el rumor de lluvia.

MATILDE se arrodilla frente a la cama. Sus dedos se aferran a un rosario desgastado. VERLAINE sabe

concluida la discusión. Capitula. Sale. MATILDE escudriña tras la puerta; se cerciora de su soledad. Saca de debajo de la cama un hatillo rojo. Lo desenvuelve. Dentro refulgen joyas antiguas. Vuelve a colocar el hatillo en su escondrijo. Entra RIMBAUD iluminando la opacidad de la estancia con un quinqué. MATILDE se sobresalta.

RIMBAUD.- ¿Dónde está tu maridito?

MATILDE.- Salió a buscarle. Tenía que comunicarle una decisión importante.

RIMBAUD.- ¡Vamos ánimo! Conmigo no hacen falta tus fingimientos.

MATILDE.- No sé de qué habla.

RIMBAUD.- Estás deseando darme la mala noticia.

MATILDE.- (Brutal.) Quiere que se vaya mañana mismo de esta casa, y no volver a verle.

RIMBAUD.- ¿Qué? **(Escruta detenidamente a MATILDE.)** ¡Mientes! Verlaine se equivoca al figurarse que eres dócil; es sólo tu disfraz. Nunca miró el fondo de tus ojos.

MATILDE.- Deja en paz a mi esposo. Te lo advierto. Tú eres un badulaque, un advenedizo que pretende escandalizar con bárbaras rimas... A otros les podrás impresionar con tus exceso, a mí no.

RIMBAUD.- ¿Quieres que juguemos a ser sinceros?

MATILDE.- Si le aprecias de verdad, al menos respeta su prestigio sin márchale; apártate.

RIMBAUD.- Te contaré lo que nos une. Seré tremendamente explícito si lo deseas...

MATILDE.- ¡No!

RIMBAUD.- ¿Tienes miedo a que mi descripción inflame tu cuerpo? Que sea una loa ardorosa, un cántico como ese que se escucha. Con él las monjas humedecen y renuevan su ardiente deseo a Jesús.

MATILDE.- (Santiguándose.) ¡Jesús!

RIMBAUD.- Sí, Jesús. Seguro que eres de las que va a misa todos los días. Nunca pensaste que Jesús en lo alto del

altar se ríe de todos los que empapan sus dedos en el agua bendita esperando la salvación.

MATILDE.- Hablas con las palabras del diablo.

RIMBAUD.- Hablo y escribo como un nuevo Dios. Está escrito en el Génesis: "Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal". Yo los conozco; del bien estoy saciado y del mal ansío degustarlo hasta el hartazgo. ¡Mierda al antiguo Dios!

MATILDE.- ¿Quieres escandalizarme?

RIMBAUD.- ¿No lo estás? ¿O es la confusión lo que te embarga? Oyes bulos, cotilleos de mi obscena relación con tu marido y eso te trastorna y por mucho que le das vueltas no logras entender el íntimo y complaciente secreto que nos une. No lo pienses más, serías incapaz de concebirlo y más aun de satisfacerlo. Estás demasiado anclada en esa debilidad del cerebro que es la moral.

RIMBAUD asedia a MATILDE, que retrocede insegura hasta caer sobre la cama. RIMBAUD se arrodilla sobre el lecho y la cerca con sus brazos.

RIMBAUD.- Conozco muy bien tus intenciones, embarazada. Deseas una situación asegurada y una vez ganada, dejarás de lado el corazón y la belleza. El frío desdén será todo lo que te quede. Ese asco es el aliento del matrimonio, de la familia. ¡Pobre Verlaine!

MATILDE.- ¡Déjame o chillaré!

RIMBAUD.- ¡Chilla! Me excitan los chillidos. Mis antepasados eran escandinavos que se perforaban las costillas y se bebían su propia sangre. **(Se quita la chaqueta.)** De ellos heredé todos los vicios, la dulce lujuria, la mentira, la pereza... **(Saca la navaja de nácar. Pasa la lengua por su filo.)** Soy un bárbaro, quiero aullar por las calles y enloquecer de rabia por completo...

MATILDE se desprende de RIMBAUD abofeteándole con fuerza. La navaja cae al suelo. RIMBAUD, herido en su orgullo, permanece estático sobre la cama. Dos lágrimas surcan su cara enrojecida. MATILDE se acerca a él y coloca una mano consoladora sobre su hombro.

MATILDE- Ahora me comprenderás mejor. Así me siento yo cuando estás con él.

En la puerta VERLAINE observa estático el final de la escena. MATILDE recoge la navaja del suelo y se la ofrece a su marido. RIMBAUD se tumba sobre la cama y les observa con resquemor.

MATILDE.- Tan poco te importo que ofreces a otro mi regalo.

VERLAINE.- Es tu ofrenda de aniversario y sé la doy a quién me da la gana.

VERLAINE le ofrece la navaja a RIMBAUD, pero éste la rehusa.

RIMBAUD.- No acepto quincalla sentimental de otros. ¿Me buscabas?

VERLAINE.- Sí.

RIMBAUD.- Te ahorraré el disgusto, o el placer, de comunicarme con académica rima parnasiana que tengo que largarme. En esta familia y a no soportan la fetidez que emana mi cerebro.

VERLAINE, sin saber qué hacer, permanece estático ante RIMBAUD.

MATILDE.- ¡Haz algo! No te quedes ahí quieto.

VERLAINE.- ¿Por qué has tenido que decírselo tú?

RIMBAUD.- ¡Qué mal marido! ¿Deseas privarla de uno de los pocos placeres que todavía le restan?

MATILDE.- Pero... ¿Le escuchas?...

VERLAINE.- ¡Calla! (Se aproxima a RIMBAUD. Hablan en un aparte.) No te preocupes conseguí una

buhardilla donde alojarte...

RIMBAUD.- Y en ese nidito de amor me esconderás. Y yo lo acepto porque soy un canalla, un reptil seducido por tu sol.

VERLAINE.- ¿De que te ríes?

RIMBAUD.- Parecemos los personajes de un vulgar folletín. El marido infiel, su conmovedora mujer embarazada y la lujuriosa amante... la puta. (**Observa como MATILDE se aproxima a hurtadillas. Se levanta de la cama y va hacia la puerta.**) Recogeré mis cosas.

MATILDE.- (**A su marido.**) ¡Vamos! Apenas tenemos tiempo. Vístete o no llegaremos a la entrega del premio.

RIMBAUD.- ¿Premio? No me dijiste nada. Para medrar hay que ser agradador de imbéciles y tú vas por buen camino, ¿eh? Seguro que te impondrá los laureles, entre hipos de asco, algún vejestorio descolorido de la academia. Gloria al servil poeta domesticado. (**Se vuelve a sentar en la cama.**) ¿No tenéis prisa verdad?

MATILDE.- Sabes que sí.

RIMBAUD.- Será un momento, el justo para contar la historia de mi primera comunión.

VERLAINE.- ¡Mañana! Déjalo por favor...

RIMBAUD.- (**Burlándose.**) Por favor... Permites que me echen a la calle y te quejas... (**Se tumba en la cama.**) ...la vergüenza tendría que encorbar tu garganta.

MATILDE.- Tenemos prisa...

RIMBAUD.- ¡Y a mi qué! Me habéis humillado, vejado, dejadme ahora que cuente mi historia, que aülle sordamente como un lobo enjaulado. ¿Qué daño hago? Comienzo. Mi padre, como Judas, me besó en la mejilla el día que salió huyendo del espanto de nuestra casa familiar. En lo sucesivo mi madre se encargó de baquetearme, de encoger mi corazón de payaso. Bajo su tutela confié mi tesoro a las brujas, a la miseria y al odio. Creedme no hay familia que no conozca. Todas son como la mía.

VERLAINE.- No sigas... ¡por favor!

RIMBAUD.- Pero os preguntareis cuándo fue mi rompimiento, el ¡cuac!, que chascó mi mente y me zambulló de lleno en este sueño que tengo por vida. ¿Cuándo me

condené? ¿En qué momento afloró mi pérfida lengua? Lo he pensado muchas veces. Creo saberlo, os lo diré: en mi primera comunión. Dentro de unos años, y después de martirizarlo convenientemente, entregareis a vuestro hijo a la horca de su primera comunión. Como una niña o un niño ilusionado, como yo cuando fui entregado, se arrodillará delante de la imagen de Jesús, como ésta que preside vuestro ataúd matrimonial, y agitará y arqueará sus riñones hasta babear bajo su vientre encendido... como yo hice. **(Juguetón y provocador, se revuelca sobre la colcha, hundiendo su mano entre los muslos de sus piernas.)** Cristo entonces descenderá del crucifijo y mancillará su hálito. Él lo llenará hasta la saciedad... de asco. El niño besará sus cabellos profundos y seguirá recorriendo todo su cuerpo y Cristo se dejará hacer. Bajo estos terrores innobles, el niño, igual que una prostituta ante su primer cliente, pasará la noche de la primera comunión. Así abrirá su corazón de payaso al mundo. Pero sólo es el principio de su bendición, fuera le esperan para degradarle con mayor iniquidad. Le espera la familia universal. ¿Queréis que continúe? Necesito templar con veneno las cuerdas de mi garganta. Necesito la eternidad para desahogarme. Hay tiempo, ¿verdad?

Oscuro.

Escena III

Versos para el retrete.

Buhardilla exigua. Por el ventanal del techo se cuelan los rojizos haces del atardecer. RIMBAUD sobre un camastro improvisado apenas cubre su desnudez con un calzón roto. Lee fragmentos de diferentes libros antes de arrojarlos al pequeño montón acumulado entre sus piernas. VERLAINE le observa adormecido. De su mano pende una percha con un traje de gala blanco.

RIMBAUD.- ¡Mierda! Se regodean en la mierda. La poesía murió con la llegada del cristianismo... después, salvo Baudelaire y Racine, los poetas no fueron más que funcionarios, emborronadores de cuartillas, hienas... generaciones de imbéciles. Abrieron el estómago de la poesía y la vaciaron de vísceras. ¿Y tú a qué esperas ahí quieto?

VERLAINE- ¿Concluiste tu perorata de apestado?

RIMBAUD- ¡Vaya, estás irónico! ¡Anda!, sal de la nube. Pareces un onanista embobado.

VERLAINE- ¿Podemos irnos ya?

RIMBAUD- ¿Ir a donde?

VERLAINE- (**Le entrega la vestimenta.**) ¿Nunca me escuchas? ¡Ponte el traje!

RIMBAUD- (**Riendo.**) ¡Ah!, ya sé. Pretendes engañarme con una de mis tretas. Me ves empañado en hashish y suspiras por encajarme un bulo.

VERLAINE- (**Le muestra dos billetes.**) ¡Mira! Dos entradas de ópera.

RIMBAUD- ¿Y qué hago yo en la ópera? Escupir desde el palco.

VERLAINE- Me costaron un capital. Acordamos asistir.

RIMBAUD- ¡Mentira! No lo recuerdo. Además, tú nunca has respetado nuestros pactos.

VERLAINE- ¡Bien! Me largo.

RIMBAUD- (**Rápido.**) ¡Tal vez sea cierto! Pero lo de exhibirse en la ópera ¿a qué viene?

VERLAINE- A que nos estamos quedando solos, aislados. Ya nadie nos aguanta.

RIMBAUD- ¡Mejor! Todos me dan asco.

VERLAINE- Te están haciendo el vacío y a mí contigo.

RIMBAUD- Mi único alivio para no sentirme perdido entre todos esos poetastros es mi odio y mi desprecio. No naufrago por mi asco, vivo gracias a mi asco.

VERLAINE- Para subir hay que tragarse la hiel y distinguir lo oportuno de lo personal.

RIMBAUD- Eso te lo dejo a ti.

VERLAINE- ¡Gracias! ¿Qué nos expulsaran del "Círculo literario", también tengo que agradeceréte?

RIMBAUD- No lo entiendo, esos parnasianos que aniquilan el gusto poético de cualquiera te adoraban.

VERLAINE.- No desde que estoy contigo y concluyes todas las reuniones a puñetazos.

RIMBAUD.- Sólo fueron tres o... seis veces... y siempre con razón. Como con aquel cabrón... Mejor no recordar su nombre... merecía mil golpes por leernos aquellos insultos en forma de poemas. Me alzo contra los impostores... para los demás la poesía es un cadáver que ya ni siquiera se molestan en despertar con insultos.

VERLAINE.- **(Palideciendo.)** ¿Prefieres seguir vendiendo llaveros por las calles?

RIMBAUD.- Sí, o peor, volver al pueblo con mi madre.

VERLAINE.- Y mientras, yo soy el que paga el alquiler de la buhardilla, tus gastos y quien intenta que te publiquen. He puesto en peligro mi familia, mi reputación... por ti... **(Asaltado por convulsiones.)** Nos hundimos sin remisión y en vez de afrontarlo escondes la cabeza entre libros...

RIMBAUD.- ¿Qué te pasa, no te encuentras bien? No te lo tomes tan a la tremenda. Prometo que iré a ese puto desfile del vasallaje. ¿No tendrás la rabia, como yo?

VERLAINE vomita en un rincón. RIMBAUD le atiende.

VERLAINE.- Todo me da vueltas... Estoy mascando ortigas... ¿No escuchas el zumbido de unas calderas?... Son las del infierno...

RIMBAUD.- ¿No te habrás zampado el taco de hashish que te di ayer?

VERLAINE.- Entero... escondido en el trastero...

RIMBAUD.- Eres un animal... **(Le introduce dos dedos en la garganta para provocarle el vomito.)** Para ti los paraísos artificiales son un suicidio lento y seguro...

VERLAINE.- Es la segunda vez... que tomo...

RIMBAUD.- Venderías tu alma por nada...

VERLAINE.- Quiero agudizar mis sentidos... percibir mejor las sensaciones... **(Vomita.)** Mis ojos deben ver lo que tú... el infinito... quiero volverme Dios y demonio... estar a la par que tú.

RIMBAUD.- Yo busco el alma, la inspecciono, la pongo a prueba para lograr ser un "vidente" y para imitarme a ti te basta con atiborrarte de yerbas.

VERLAINE se retuerce de dolor. RIMBAUD le conduce al camastro y con ternura le acuna sobre su regazo. Por el tragaluz se cuelan torvos haces lunares.

RIMBAUD.- ¿Te canto una nana?

VERLAINE.- ¡Come mierda!

RIMBAUD.- Sé de algo peor. **(Coge un libro.)** ¿Leíste a nuestro amigo Mérat?

VERLAINE.- ¿Quieres provocarme más arcadas?

RIMBAUD.- **(Lee burlón.)** "El ídolo. Sonetos para elogio y loa de la belleza corporal de la mujer" Compongamos un poema a su altura literaria. Lo titularemos... "El soneto del cacho de culo".

RIMBAUD en su afán de enmendar el libro escribe sobre sus páginas. Se apoya en el cuerpo de VERLAINE. Los dos, voluptuosos, olvidan sus inhibiciones. Se lanzan a la búsqueda del placer y la risa.

RIMBAUD.- Nuestras nalgas no son las tuyas. Las nuestras...

VERLAINE.-...más prietas, pálidas en muchos casos, están provistas de superficies lisas...

RIMBAUD.- ...bien patentes, que tapiza el enrejado de los pelos.

VERLAINE.- Únicamente para ellas, en la raja encantadora, florece el largo satén tupido...

RIMBAUD.- ...el ojete oscuro y fruncido que respira...

VERLAINE.- ...acolchado entre el musgo húmedo aún del amor.

RIMBAUD.- Mi sueño se abocó a menudo en su ventosa...

VERLAINE.- ...mi alma, celosa del coito material, hizo de él su lagrimal salvaje...

RIMBAUD.- ...y su nido de sollozos. (**Ríe en compañía de VERLAINE.**) ¿Mejor?

VERLAINE.- (**Alegre.**) ¡Trajéate joder!

RIMBAUD.- (**Se viste.**) Te dije que iría y cumpliré. No soy un...

VERLAINE.- (**Burlón.**) Apóstata.

RIMBAUD.- ¡Salvémonos del mundo ahogándonos en su propio vomito!

VERLAINE.- Te presentaré a un editor importante. Va a todos los estrenos.

RIMBAUD.- No te preocupes contendré mi rabia y mi vergüenza. Le ofreceré unos poemas que acabo de terminar. Por primera vez me siento satisfecho de su resultado.

VERLAINE.- No me los enseñaste.

RIMBAUD.- Podrías copiarlos.

VERLAINE.- ¡Mañana! Yo escribiendo con tu estilo, ni lo sueñes.

RIMBAUD.- Sí, tu eres como los otros, un escritor de insulsos aspavientos a la nada.

VERLAINE.- Yo no pretendía insultarte.

RIMBAUD.- ¡Perdona! Son los excesos del hashish.

VERLAINE.- El demonio pidiendo perdón... es la primera vez que lo escucho de tus labios.

RIMBAUD.- Estoy en decadencia, me aclimato a la hipocresía. (**Acabando de vestirse.**) ¿Estoy guapo?

VERLAINE.- El sombrero de paja sobra.

RIMBAUD.- No pienso quitármelo. Es el único regalo que me dejó mi padre. Me trae suerte.

VERLAINE.- Pareces una fulana.

RIMBAUD.- Ya somos dos.

RIMBAUD se coloca una hoja de papel en forma de flor en el ojal de la chaqueta. **VERLAINE** saca de su pantalón la navaja de nácar y se la ofrece.

VERLAINE- ¡Toma! Acéptala ahora.

RIMBAUD- La cojo tan sólo porque si vamos a la ópera podríamos necesitarla... menuda chusma hay por allí... (**Se guarda la navaja.**) ¿Vamos?

VERLAINE- Antes nos pasamos por la taberna "del ladrón".

RIMBAUD- ¿No tenías prisa?

VERLAINE- No aguantaré la ópera sin unas copas castigándome el hígado.

Oscuro.

Escena IV

Cristales rotos.

Habitación del matrimonio VERLAINE. Un bebé llora en la cuna situada a la izquierda de la cama. El viento brama con violencia. Las ramas de un árbol cercano golpean los cristales del ventanal por el que VERLAINE otea la calle. Sobre la cama MATILDE está tumbada con la cara hundida en la almohada. Ambos cónyuges con traje de noche. VERLAINE no soporta por más tiempo el llanto del bebé y lo coge en brazos. Inmediatamente MATILDE va hacia él con furia y le arrebató el crío. Su rostro muestra un ojo tumefacto.

MATILDE- ¡No te atrevas a tocarlo!

VERLAINE- ¡Es mi hijo!

MATILDE- A un hijo no se le intenta matar.

VERLAINE- No le sucedió nada.

MATILDE- ¡Nada!, lo arrojaste contra la pared con toda tu furia... de no ser por las mantillas lo hubieses matado.

VERLAINE- La otra noche estaba fuera de mí...

MATILDE- Ahora siempre lo estás... ¡Estás poseído!

VERLAINE- ¡Cállate!... (Aferra el pelo de MATILDE y lo retuerce. La mujer, indefensa, ni siquiera trata de protegerse. Su dejadez desarmala cólera de VERLAINE.) Me humillas... (Vuelve a la ventana. Espía la calle.)

MATILDE- (Mirándose el ojo amoratado en un espejo de mano.) Será difícil disimularlo. Una nueva excusa... necesito una nueva excusa ante mis padres. (Comienza a desmaquillarse.) Todos nos acosaban en la cena. ¿Lo notaste?

VERLAINE- Envidias.

MATILDE- No soportaba más aquellas caras de aversión...

VERLAINE- ¿Aversión?

MATILDE- Sí, de ti y de mí... de nosotros.

VERLAINE- Entonces tu dolor de cabeza... era sólo una excusa para irnos.

MATILDE- Todos comentaban entre risas la noticia del periódico...

VERLAINE- ¿Qué noticia?

MATILDE- ¿No la leíste?... creí que fingías... (Coge de debajo de la cama un periódico.) La crónica de sociedad... habla de ti y de tu amigo del alma...

VERLAINE- (Hojea fugazmente la noticia.) La firma el mierda de Lepelletier. ¡Rencoroso!

MATILDE- (Lee.) "La presentación de la temporada de ópera sólo fue deslucida por la aparición del afamado poeta saturniano Paul Verlaine que dando muestras de una profunda embriaguez...". ¿Sigo?

VERLAINE- Sí. Veo como te relames.

MATILDE- "...insultó a algunas de las personalidades allí presentes, al igual que hizo la encantadora persona que iba de su brazo, la señorita Rimbaud que..."

VERLAINE- (Temblando.) ¡Basta! Es una conspiración de los círculos literarios.

MATILDE- Te arrinconan, envidias, maquinaciones... Ya me sé el cuento.

VERLAINE- (A punto de llorar.) ¿No me crees?

MATILDE- ¿No se te ocurre pensar que puedes ser tú el que les ha traicionado?

VERLAINE- ¡No! (Se desmorona y cae de rodillas frente a MATILDE.) Dime, ¿qué me pasa? No puedo más... ¿Qué me pasa?, me arraso por dentro... caigo... me hundo en un nicho sin tablas...

MATILDE- (Pone su mano consoladora sobre su frente.) ¡Tranquilo! No te engañes más. ¡Reposa! La causa de tus males está en él... Yo sé cual es su naturaleza... lo conozco... no como esas bocas sucias que se enjuagan en su propia porquería... yo sé de donde viene su influjo, ellos no... Él está poseído por el demonio... No, no me interrumpas, ya sé que el demonio es una imagen artificial... pero cuando le veo pasear por las calles con su aire de crimen y su cara inocente, se me figura como su viva reencarnación.

VERLAINE- Un demente. A veces sólo es eso.

MATILDE- Ni siquiera quiero imaginarme lo que te ata a él... no tengo estómago para ello... ni en mis pesadillas puedo dar imágenes a actos que desbordan toda naturaleza... Es mefisto...

VERLAINE- No digas simplezas.

MATILDE- Te destruye. Sepárate de él o perecerás.

VERLAINE- Te equivocas, él habla y escribe con la tierna pasión de un niño... a través de él veo todo de nuevo, tal como él habría querido crearlo para sí. Yo dubitativo y débil, encuentro en él la balsa que me sostiene, que sustenta mi inconmensurable nada... aunque luego se cierre a mí, me expulse de su astro y me lance a una realidad que me martiriza doblemente.

MATILDE- No puedo creer que estés tan enamorado...

VERLAINE- (Vociferando.) ¡Nunca!... es sólo amistad... y ya no le volveré a ver... discutimos... Hemos terminado definitivamente...

VERLAINE vuelve a la ventana. Las ramas del árbol proyectan sus tétricas sombras dentro de la habitación. MATILDE observa como súbitamente VERLAINE cambia de color.

MATILDE- Te has puesto pálido. ¿Qué has visto?

VERLAINE- ¡No te acerques!

MATILDE se detiene un instante, luego sigue avanzando. Los cánticos de las monjas del convento cercano se mezclan con el estridente chirriar del viento.

MATILDE- ¿Es él verdad?

VERLAINE- ¡No! (Se coloca su abrigo para salir.)

MATILDE- Te viene a buscar para ir de borrachera... precisamente esta noche... la de nuestro aniversario de bodas...

RIMBAUD- (En la calle. Su voz llega amortiguada por los cristales.) ¡Vamos baja! No te hagas rogar.

MATILDE- ¡Si sales por esa puerta no te atrevas a volver jamás!

Unas piedrecitas golpean los cristales.

MATILDE- Tenía razón mi madre. Esta situación sólo se puede cortar de forma tajante. Lo intenté, pero ya es imposible soportarlo por más tiempo. Me seco por dentro. Ni siquiera tengo leche dulce que ofrecerle a nuestro hijo.

VERLAINE- ¡No saldré esta noche!

MATILDE- No se trata de esta noche... no lo comprendes, todo el mundo sabe que le mantienes... y hasta el bobalicón de mi padre conoce por su barbero las inmundicias que se os atribuyen.

VERLAINE- Rumores, desprecios.

MATILDE- Tu mismo acabas de delatar tu amor hace unos instantes... Pero no te preocupes, enmudeceré. Me corre tanto interés como a ti silenciarlo.

VERLAINE- Te juro que no le volveré a ver.

MATILDE- Eso mismo prometiste cuando salió de está

casa.

RIMBAUD.- (Fuera.) ¡Baja! ¡No te escondas cabrón!

**Una piedra rompe un cristal del ventanal. VERLAINE
tiembla febril. El niño llora en su cuña. MATILDE lo
coge en brazos y lo mece.**

VERLAINE.- (Asomándose a la ventana.) ¡Te voy a
matar!

RIMBAUD.- (Fuera.) ¡Baja! ¿No te atreves? ¡Vulgar
afeminado, baja!

VERLAINE.- (Retiene su rabia. Llorando.) Desgraciado...

MATILDE.- (Separándole del ventanal.) No hagas caso.
Ven conmigo...

VERLAINE.- Sí...

MATILDE.- Olvídalo... consagra tus fuerzas a tu familia,
a tu escritura...

VERLAINE.- (Abraza a MATILDE sobre la cama.) Sí,
volveré a escribir... a mi círculo de amigos... me disculparé
con mi editor... y con...

MATILDE.- (Abrazándolo.) Cariño. Sé que ya no te
atraigo, necesitas del alcohol para tocarme...

VERLAINE.- No, no digas eso...

RIMBAUD.- (Fuera.) ¡Sal! ¡Da la cara!

MATILDE.- Desde que tuve el niño me he estropeado lo
sé... Te quiero tanto...

RIMBAUD.- (Fuera.) ¡Que te den por donde te gusta!

MATILDE.- Si... si lo deseas puedes ir al prostíbulo una
vez al mes... como lo hace mi padre... esas cosas las
entiendo... ya no soy una niña y conozco los instintos que
gobiernan al hombre... sólo se trata de ser como otros
maridos... discreto...

VERLAINE.- (Llorando.) ¡Calla!

MATILDE.- ¿Estás llorando?

VERLAINE- No. Te escucho y a mi cabeza acuden las imágenes de...

MATILDE- Él.

VERLAINE- ¿Se ha ido ya? Por los cristales entra frío de... nieve...

MATILDE- Estás tiritando... tienes fiebre.

VERLAINE- Acércate más... **(La abraza con violencia.)**
...releguemos lo imposible...

MATILDE- ¡Me haces daño! Suave. No tengas prisa.

VERLAINE- ¡No puedo! **(Separándose con brusquedad.)** Olvídalo.

La navaja de nácar rompe otro de los cristales del ventanal y rueda hasta el centro de la habitación. VERLAINE se levanta, la recoge y la esconde en el bolsillo del pantalón. El niño vuelve a llorar con estridencia.

VERLAINE- ¡Calla joder!

MATILDE- ¡No grites, que lo asustas!

VERLAINE se lanza a mirar como un poseso por el ventanal. Un cristal corta uno de sus pies descalzos.

VERLAINE- ¡Mierda!, me corté.

MATILDE- Espera voy a curarte la herida.

VERLAINE- **(Sujetándola con las manos manchadas de sangre.)** ¡Déjalo!

MATILDE- **(Sintiendo un bulto en el pantalón.)** ¿Es la navaja de nácar, verdad?

VERLAINE- Nuestra navaja. Abrázame con fuerza. ¡No me sueltes!

Comienza de nuevo el extraño ritual de abrazos, caricias

y bruscas separaciones entre los dos cónyuges. El viento se cuele por los cristales rotos con un lamento tétrico. Arrastra con él el eco intermitente del cántico de las monjas.

MATILDE- ¡Amor! Pídeme lo que quieras.

VERLAINE- Date la vuelta.

Oscuro.

Escena V

Cartas del vidente.

RIMBAUD lee una carta. Escuchamos la voz de VERLAINE.

VERLAINE- ...Lo siento. Perdóname. Es mejor que nos mantengamos lejos. Tengo que solucionar el grave naufragio en el que ha caído mi matrimonio... mi pobre mujer está a punto de volverse loca. ¡Mujeres!

VERLAINE lee una carta. Escuchamos la voz de RIMBAUD.

RIMBAUD.- ...Detesto el campo, me siento como un habitante en una torre, aislado... Detesto esta casa en la que transcurrió mi infancia... Mi hermana Isabelle me cuida ahora que caí enfermo... desde la cama vemos a nuestra madre ir de un lado para otro... al observarla, con su aire autoritario y hosco, comprendo que es ella la culpable de que la orgía con las mujeres me esté prohibida... Sólo los libros de alquimia me alejan de los recuerdos que me bombardean...

RIMBAUD lee. Escuchamos a VERLAINE.

VERLAINE- ...Olvida tus pensamientos sombríos... recuerda: "Nunca miraremos atrás. ¡A la mierda el pasado!" Lo dijiste tú. Mañana es lo importante. Sigue escribiéndome, es lo único que me mantiene, pero a casa de mi madre y sin

alusión alguna a volvernos a ver, mi madre puede leerlas...

VERLAINE lee. Voz de RIMBAUD.

RIMBAUD.- ...Estoy solo... ¿quién comprende mis palabras? A veces veo mujeres con las señales de la dicha, ellas podrían haber sido buenas compañeras, si no las hubieran devorado antes unos brutos con sensibilidad de hoguera... ¿Dónde está mi virginal soñadora?...

RIMBAUD y VERLAINE leen y hablan en dos focos distantes de luz. Poco a poco van acercándose, sin llegar a juntarse.

VERLAINE- Aquí estoy, hambriento de tu bondad... Tus besos y tus abrazos amigos eran el cielo, un cielo lóbrego en el que me introducía, y en el que me hubiese gustado mantenerme...

RIMBAUD.- ...al leer la mística oriental, la alquimia, vislumbro el vacío en el que había caído mi vida... Ahora me voy alejando del mundo para habitar mi propio Oriente, tan antiguo como haga falta... No seas un derrotado... acompáñame en mi viaje, dejaremos de lado los perros de la razón...

VERLAINE escribe. RIMBAUD le observa mientras se aproxima a él.

VERLAINE- ...no puedo estar más tiempo sin verte... desde el momento que vuelvas, agárrame enseguida, de modo que nadie pueda separarnos, ¡no te costará trabajo! Te envié el dinero para el viaje.

RIMBAUD.- Prepárate. Volveré contigo. No deseo otra cosa que alejarme de mi madre, de mis recuerdos... pero te advierto que he cambiado... (**Toca la cara de VERLAINE. Se va haciendo el oscuro**) ...he adquirido poderes sobrenaturales... y dialogo con el sueño...

Oscuro.

Escena VI

Iluminaciones.

Habitación de un sótano sombrío. A través de una ventana menuda llegan voces de vecinos riñendo. Un maniquí sin extremidades descansa en un rincón; una de sus piernas está sobre la cama, y encima de su cabeza desvencijada reposa el sombrero de paja de RIMBAUD.

Una cinta roja traza un círculo en medio de la habitación, las cinco vocales del alfabeto, escritas cada una en una hoja, orientan su circunferencia. RIMBAUD duerme tumbado en su centro. Junto a él, clavada, florece la navaja de nácar. VERLAINE le mira mientras sopesa el hatillo rojo que tiene en las manos. Luego lo esconde en su chaqueta. Toca la cara de RIMBAUD, que despierta.

RIMBAUD.- ¿A qué vienes tan temprano, a joderme?

VERLAINE.- Es mediodía.

RIMBAUD.- Me acuesto a las ocho. Sabes que por el día no puedo escribir.

VERLAINE.- Esta vida dañina acabará por matarte.

RIMBAUD.- ¡Cuanto antes mejor!

VERLAINE.- Estás hecho un asco. Mírate, eres sólo huesos. Huele fatal. ¿No se puede abrir ese ventanuco?

RIMBAUD.- ¡Quédate quieto joder! Deja de comportarte como un maricón.

VERLAINE.- ¡Cálmate! Quería ayudarte a...

RIMBAUD.- ¡Estoy calmado! ¡Estoy bien! Eres tú el que no lo está. **(Prende su pipa de opio.)** Te dejas caer por aquí cuando te viene en gana y encima me atosigas con tus meneos de chulo afeminado... ¿Vienes a visitar a tu putita? Aquí estoy, abierta para ti.

VERLAINE.- Llevas días comportándote como una alimaña conmigo, ¿qué quieres? ¡Dímelo de una maldita vez! ¿Qué quieres?

RIMBAUD.- ¿No lo sabes? Desde que volví, cada día me pregunto porque abandoné la casa de mi madre. Hay que cambiar.

VERLAINE.- Sabes que no puedo estar mucho tiempo contigo, al menos durante una temporada.

RIMBAUD.- ¡Hipócrita! Me mantienes sepultado para salvaguardarte ante los demás.

VERLAINE.- ¡Mírame! Soy un hombre acabado, patético... con un matrimonio a contrapeso, despreciado por todos los poetas del país, sin dinero, ocultándome como una rata mientras corro frenético de mi casa a aquí...

RIMBAUD.- Mi soledad es peor.

VERLAINE.- ¡Mierda! Ahí fuera todos me tratan como a un proscrito... apartan la vista cuando me ven. **(Golpea con furia al maniquí.)** ¿Qué más puedo hacer?

RIMBAUD.- ¡No toques ese maniquí! **(Coge el sombrero.)** Es el único que no me abandona.

VERLAINE.- **(Golpeando al muñeco.)** ¡Hablas de esta mierda como si fuera una persona!

RIMBAUD.- Me hace más compañía que tú.

VERLAINE.- ¿Y por eso le arrancaste las piernas?

RIMBAUD.- Se las arranqué para que no se contagiara de la enfermedad de mi padre.

VERLAINE.- ¿Pero de qué enfermedad hablas?

RIMBAUD.- De la de huir. Este sombrero y mi talento para huir son lo único que heredé de mi padre.

VERLAINE.- ¡Desvarías! **(Tirando del muñeco.)** ¡Suelta el puto maniquí...!

Los dos forcejean por el maniquí. Desgarran su cuerpo de trapo en dos. Cada uno se queda con una de sus partes.

RIMBAUD.- **(Con la cabeza del muñeco.)** Mira como se ríe. De que te ríes maniquí sin alma ¿el opio ofuscó tu seso tanto como el mío? ¿Buscaste el día claro y ansiando la

verdad, te perdiste en el crepúsculo? (**Mira unos instantes a VERLAINE, aferra su mano y le conduce dentro del círculo.**) **Aquí estaremos protegidos de las fuerza dañinas. (Observa el ventanuco.)** Ya falta poco para que veas el misterioso prodigio de este sótano.

VERLAINE.- ¿Qué prodigio?

RIMBAUD.- ¡Paciencia! (**Fuma.**) ¿Quieres que te cuente mi sueño de hoy?

VERLAINE.- ¡Otra vez no! ¡Mañana!

RIMBAUD.- En mi sueño estaba inválido. Veía como las piernas que me habían arrancado se agusanaban sin que pudiera salir huyendo... acumulé tanto odio mirando mi putrefacción que arremetí contra la gente que me rodeaba y comencé a descuartizarla.

VERLAINE.- (**Le recuesta sobre su pecho.**) Deja descansar la cabeza.

RIMBAUD.- Siento como si fuera ahora cuando sueño... y lo soñado fuera mi vida real.

VERLAINE.- No leas más esos ponzoñosos libros o terminarán con tu juicio.

RIMBAUD.- Me sirven para verificar el proceso alquímico de las palabras.

VERLAINE.- ¿Otra de tus nuevas barbaridades?

RIMBAUD.- Siempre te opones a mis progresos. He inventado el color de las vocales. A, negra; E, blanca; I, roja; O, azul; U, verde. Ajusté la forma y el movimiento de cada consonante, y, con ritmos instintivos, creé un verbo poético accesible a todos los sentidos. Pero me reservo la traducción.

VERLAINE.- ¡Desbarras!

RIMBAUD.- Al principio escribía silencios, fijaba vértigos, anotaba lo inexplicable... pero ahora estoy exhausto... seco...

VERLAINE.- Me estremezco al oírte. (**Se levanta y coge un papel donde están envueltos pan y fiambre. Los corta en trozos con el filo de la navaja de nácar.**) ¡Come!

RIMBAUD.- ¡No puedo! Tengo que depurarme para seguir mi tarea. ¿Sabes?, no estoy bien, no estoy calmado, antes te mentí... Hay veces que siento miedo. Siente uno tanto miedo cuando se mira dentro.

VERLAINE- ¡Basta ya! (Se corta en un dedo.)

RIMBAUD- (Chupando el dedo.) Deja que me alimente de tu sangre.

VERLAINE- ¡No puedo verte así! Vas a volverte loco si sigues aquí.

RIMBAUD- ¡Ciego! No estoy loco, sólo desesperado. Me acompañas en sangre y en saliva pero eres incapaz de entender lo que gime dentro de mis entrañas.

VERLAINE- ¿Y tú? (Le entrega la navaja de nácar.)
¿Me entiendes a mí?

RIMBAUD- Tampoco.

VERLAINE- El mundo y sus mercaderes nos han separado... nos han excluido. Estamos fuera. ¿Cómo serán los elegidos?

RIMBAUD- (Fuma.) No existen.

Los vecinos como una jauría ladran sus insultos tras las paredes.

VERLAINE- (Golpeando la pared.) ¡Callaos!

RIMBAUD- ¡Déjalos!, es su forma de desahogar su miseria.

VERLAINE- No sé puede vivir así.

RIMBAUD- (Señala la ventana.) ¡Mira, ya está a punto!

Un rayo de luz se cuele por el ventanuco hasta caer en el centro del círculo.

RIMBAUD- Luz y oscuridad, eso somos.

VERLAINE- Hay que cambiar.

RIMBAUD- Lo tengo decidido, me marchó. Si no vienes conmigo, nunca volveremos a vernos.

VERLAINE- ¿Dónde quieres que vayamos?

RIMBAUD.- Lejos, con tal que sea fuera de este mundo.

VERLAINE.- Déjame fumar de tu pipa.

RIMBAUD.- Te sentará mal.

VERLAINE.- ¡Que importa! **(Fuma. Tose. Saca de su chaqueta el hatillo rojo. Lo desenvuelve. Dentro fulgor de joyas.)**

RIMBAUD.- Por fin te decidiste a cogerlo.

VERLAINE.- Soy un miserable. Mi familia me repudiará eternamente.

RIMBAUD.- Ya lo hacían sin motivo.

VERLAINE.- **(Fuma.)** ¡Qué se jodan todos! Estamos juntos en esto, no podemos separarnos.

RIMBAUD.- **(Coge el hatillo.)**¡Escapemos!

VERLAINE se levanta. Se tambalea. RIMBAUD le abraza.

RIMBAUD.- Ahora los dos estamos a la par; iluminados.

VERLAINE.- ¿Tu crees?

Oscuro.

Escena VII

Delirios.

Habitación con vistas al río. Una cama desecha en el centro; en las sábanas una mancha roja, como una amapola. Pequeños barcos pasan por delante de la ventana velando el centelleo de los primeros haces del amanecer. Se escucha el chapoteo insistente del agua chocando contra el muelle, el chirriar de las gaviotas y el llanto obstinado de un bebé. RIMBAUD abraza un cuerpo trémulo. La pareja gira con melosa parsimonia. Una muchacha joven llora entre sus brazos.

RIMBAUD.- ...el dolor es bueno, da experiencia... te comprendo... mi iniciación sexual fue brutal, pasé de golpe de ser un niño con los bucles de oro a ser un barco ebrio con la popa babeante. Fui ultrajado, llenado de asco, de fascinada repugnancia y me replegué sobre mi mismo. Cayeron de golpe todas las falsas emociones imaginadas en la infancia. Te comprendo. **(Acaricia una mejilla de la muchacha.)** Es extraño, te conozco hace unas horas y soy capaz de decirte cosas que siempre oculté a los demás... incluso a mí mismo. **(Se besan.)** Cegado, desde entonces estoy cegado por mis fantasmas... y mis actos sólo tratan de justificar este sueño persistente que es mi vida... ¡qué estúpido! ¡qué vida inútil vagar al ritmo que imponen nuestras sombras! ¡Escucha! ¡No las oyes? Son risas de hienas. **(Se golpea la frente.)** Aquí está la ventana por la que entran. ¡Salid! Golpearé vuestra guarida hasta que salgáis. **(La muchacha le tranquiliza. Los dos miran por la ventana.)** Aquí llega mi compañero de infierno. ¿Qué le voy a decir ahora? **(La muchacha va a salir.)** No, no te vayas todavía, eres la única que puede acompañarme en este sopor de espejismos que me rodea... me ayudaste a encontrar de nuevo esa inmortal belleza que produce el deseo. ¡Ah! si pudiera liberarme de las risas de mi cabeza. **(Suenan pasos en la escalera.)** ¡Abrazame! Cuando entre, tenemos que herirlo. **(RIMBAUD abraza a la muchacha, que indolente, se deja envolver.)** Si un hombre se niega a sí mismo la compañía de las mujeres es un alma viuda. Te das cuenta, ya vuelvo al sentimentalismo de las ovejas; tengo demasiada piedad de mi tristeza y de mi delirio... estoy perdido, abandoné a los lobos que me hacían audaz...

Entra VERLAINE dando un traspies. Lleva un arenque descubierto en un papel y lo muestra como si quisiera dar un sorpresa, pero el sorprendido es él.

VERLAINE.- ¿Matilde?

RIMBAUD.- Ya vienes borracho.

VERLAINE.- ¿Quién es esa?

RIMBAUD.- Una puta virginal.

VERLAINE.- ¿Pasó la noche aquí?

RIMBAUD.- ¿Qué te importa?

VERLAINE- ¡Responde!

RIMBAUD- No te preocupes, ya se va. (**A la muchacha**.) Gracias por la felicidad de estas horas sin pena. No corres peligro de envilecerte si no volvemos a vernos. ¡Adiós!, ya nos despedimos de la manera más adecuada.

La muchacha coge su bolso. VERLAINE la sujeta del brazo. RIMBAUD a su vez aferra el brazo de VERLAINE y los tres permanecen unos instantes en tensión mirándose. Los dos hombres bajan sus brazos y la muchacha sale apresurada.

VERLAINE- ¿Qué significa esto?

RIMBAUD- ¿No te cansas de preguntar?

VERLAINE- ¡Joder, respóndeme!

RIMBAUD- ¡Eres ridículo! Te presentas aquí atufando a mugriento pescado y alcohol, después de pasar tres días fuera, y todavía te atreves a interpretar al papel de marido celoso.

VERLAINE- Tengo derecho.

RIMBAUD- ¿A qué?

VERLAINE- ¿Quién pagó todos los gastos durante las semanas que llevamos de viaje?

RIMBAUD- Eso no te da ningún poder.

VERLAINE- Me cargué de cadenas por ti. Abandoné mi país, mi familia, sobrellevando el dolor de mi expiación, y cuando más te necesito para frenar mi caída tu me traicionas...

RIMBAUD- Fuiste tú el que decidió abandonarme...

VERLAINE- Me sacaste de mis casillas... ¡Qué de lágrimas he rezumado desde entonces!

RIMBAUD- Perdón, perdón y volvemos a empezar una vez más. ¿Dónde fuiste?

VERLAINE- ¡A perderme! En esta habitación me asfixio... hace un calor insoportable... y ese niño que no deja de llorar... (**Saca una botella de alcohol y bebe.**) He vuelto, eso es lo que importa. Olvidaré lo de esa chica, ¡que más da! Estos días fuera, reflexioné sobre nuestra situación;

deberíamos fortalecer de nuevo nuestro pacto.

RIMBAUD.- ¿De nuevo? Sólo lo invocas cuando te conviene.

VERLAINE.- ¡Reconciliémonos! (**Con un traspies cae al suelo.**)

RIMBAUD.- ¡Eres un mierda! Te dije que no serías capaz de controlar las drogas.

VERLAINE.- ¡Cabrón! Practico lo que tú tanto cacareabas hace unos meses... la degradación del espíritu... aquí me tienes, soy tu ejemplo mejorado... (**Bebe.**) Necesito que algo llene la miseria que nos rodea... extraer oro del cieno... como tú... hago alquimia, ¿te acuerdas?

RIMBAUD.- Cuando tu vas, yo ya vuelvo.

VERLAINE.- Siempre en territorios contrarios, ¿eh? ¿Lo buscas, o es nuestra manera natural de herirnos?

RIMBAUD.- (**Saca su maleta de debajo de la cama.**) Me voy.

VERLAINE.- ¡Mañana! No creo que me abandones.

RIMBAUD.- (**Guarda su sombrero en la maleta.**) ¡Veremos!

VERLAINE.- ¿Qué puedes hacer? No posees ningún conocimiento, y eres demasiado vago para ponerte a trabajar.

RIMBAUD.- Algo encontraré, aunque sea vendiendo armas.

VERLAINE.- ¿Crees que bastarán tu bondad y tu caridad por sí solas para darte carta de ciudadanía en el mundo real?

RIMBAUD.- No, pero esto se acabó. No lo ves, ciego. Me cansé de depender de ti. Mi existencia cada día es más apagada y cobarde. Ahora sólo siento asco, nauseas, y tú ya no tienes la mínima porción de perfume para aromatizarme.

VERLAINE.- Antes de que me fuera no decías eso.

RIMBAUD.- Hazme caso y lánzate al puñetero mundo de una vez. Cumple con tus pensamientos ocultos... pese a todos... grítale tu asco... zarandea a esos hipócritas de burdel... vuelve con tus soñados sueños...

VERLAINE.- ¿Ahora me das consejos?

RIMBAUD.- Escúpelos si no los quieres. Yo necesito gritar cargado como estoy del desprecio de los más despreciables corazones.

VERLAINE.- (**Quitándose la camisa.**) ¡Ayúdame! No puedo resistir este bochorno...

RIMBAUD.- Llegas tarde. Se acabó el teatro.

VERLAINE.- ¡Cabrón!

VERLAINE se pone de pie. Se aproxima lentamente a RIMBAUD. Los dos sostienen sus miradas hasta que VERLAINE lanza su boca contra la de RIMBAUD y se besan.

VERLAINE.- Todavía me quieres.

RIMBAUD.- No. Saboreaba por ultima vez los posos añejos.

VERLAINE.- Nos restan miles de años de sensaciones.

RIMBAUD.- Nada. Estamos exhaustos.

VERLAINE.- Yo no.

RIMBAUD.- Estamos ajados... ya ni siquiera escribimos... ¿cuántas páginas has compuesto en los últimos meses?... ninguna... y yo sólo emborroño cuartillas en prosa... Matamos al lobo salvaje que llevamos dentro... A golpes de rabia y caricias secamos nuestro oasis..... Esta noche soñé que era devorado por las hienas... mutilaban mi cuerpo hasta convertirlo en esqueleto... soñé que el gesto de amor ingenuo de una muchacha vale más que toda nuestra tierra yerta y quemada... la vida nueva que deseábamos y a no existe...

VERLAINE.- Como un burro... eres absurdo como un burro que saca agua de una noria... das vueltas en círculos en la oscuridad pero eres incapaz de beber el agua que extraes para los demás...

RIMBAUD.- No comprendes. ¡Bien!, tendrá que ser a tú modo. (**Coge la pistola escondida bajo la almohada y se la ofrece.**) ¡Toma!

VERLAINE.- ¿Qué quieres que haga con esto?

RIMBAUD.- ¿De verdad no lo sabes?

VERLAINE- No.

RIMBAUD- ¡Pegarte un tiro!

VERLAINE- (Riendo.) ¿Qué?

RIMBAUD- (**Le muestra unos cuantos folios que saca de su pantalón.**) Son las borradores de las cartas que enviaste a tu mujer. Sé que pasaste estos días fuera para intentar encontrarte con ella.

VERLAINE **pretende coger las cartas, pero RIMBAUD le empuja contra el suelo. Un enorme barco hace sonar su ronca sirena. Su negra silueta cubre la ventana y oscurece la habitación hasta dejarla en penumbra.**

RIMBAUD- ¡Deja de lloriquear y levántate! Joder, pareces una piltrafa. ¡Das asco!

VERLAINE- ¡Cabrón, cabrón, registraste mis cosas!

RIMBAUD- Como tu haces con las mías. ¿A que viene ésta porquería? Siempre fuiste un folletinero. Nunca pude leer tus cartas sin sentir arcadas, pero esta vez te superaste.

VERLAINE- No sigas...

RIMBAUD- (**Lee.**) "Cariño... me voy a quitar la vida si te divorcias de mí... Ven te espero... lo dejaré todo para ir contigo... donde sea..." Comemierda, tu mujer no se presentó, ¿verdad? Te dejó tirado. En cuanto a diñarla, te conozco demasiado bien; eres un cobarde. ¿Quieres que te diga más cosas? Tu poesía es una cagalera de palabras y tu inteligencia un fiasco, ni siquiera distingues la verdad y la mentira de nuestro teatro... ¿eres incapaz de ver el final del juego?

VERLAINE- (**Coge la pistola y apunta a RIMBAUD.**) Te voy a ...

RIMBAUD- ¡Vamos dispara, ya no está cargada con fogueo! No seas blando. ¿Prefieres la navaja? ¡Tómala! Córtame la yugular.

VERLAINE- (**Cae al suelo.**) ¡No puedo!

RIMBAUD- En nada me mejorarás, mientras no me hagas morir.

VERLAINE- Estoy en el fondo del mundo... soy tu

esclavo... esclavo de un demonio que me tienta... ¿Qué puedo hacer?, he perdido la prudencia y estoy condenado... muerto para el mundo... ¿y nadie me matará? ¿Lo harás tú? ¡Qué oscuridad! ¿No escuchas esa música? Son calderas... su fulgor llega retumbando desde el profundo cañón del infierno... ¡Escucha! Agárrate a las grietas de las rocas o caerás en una garganta que será tu tumba...

RIMBAUD.- ¡Déjalo ya!

VERLAINE.- Bajé al infierno por ti, como Orfeo...

RIMBAUD.- **(Introduce su sombrero de paja en la maleta.)** Tienes la misma recompensa que él. Miras hacia atrás, ¿y que ves?... mi sombra que se aleja.

VERLAINE.- Me arrojas a los pies de los caballos.

RIMBAUD.- ¡Basta! ¿Qué quieres? ¡Qué volvamos al combate?

VERLAINE.- Sí... ¡Adelante! El odio arde en mis pulmones... ruge en mis sienes...

RIMBAUD.- Bla, bla... ¡Me enfermas!

VERLAINE le apunta con la pistola. Los dos sostienen sus miradas.

RIMBAUD.- ¡Dispara! **(Se gira. Cierra la maleta.)** Me voy.

VERLAINE.- **(Sujetando a RIMBAUD por los hombros.)** ¡No puedes dejarme!

En el forcejeo la pistola cae de las manos de VERLAINE al suelo. Los dos se agachan rápidamente a cogerla. Sus manos se posan sobre el arma a la vez.

Oscuro.

Se escuchan dos disparos.

Escena VIII

Exilio.

Travesía junto al río. La bruma apenas deja ver la carga espesa de semillas y polen que revolotean en el aire. El agua apalea la orilla y se estremece entre gemidos. Los dos poetas agachados recogen la navaja de nácar caída sobre la hierba.

RIMBAUD.- ¡Dámela, me pertenece!

VERLAINE.- (Se la cede.) ¿Qué pretendías hacer con ella?

RIMBAUD.- Mostrarte la herida. (Con la navaja corta el brazalete que cubre su muñeca izquierda.)

VERLAINE.- ¿Después de dos años todavía te molesta?

RIMBAUD.- Sólo con la humedad.

VERLAINE.- Pasé dieciocho meses encarcelado por una simple herida en la muñeca.

RIMBAUD.- No me culpes, retiré la denuncia en cuanto te arrestaron.

VERLAINE.- Por una pequeña bala el mundo castigó mi salvajismo... acabaron pecando contra mí más de lo que yo nunca pequé...

RIMBAUD.- ¡Amén!

VERLAINE.- No te rías de mi fe.

RIMBAUD.- ¿Se puede hacer otra cosa?

VERLAINE.- Es lo único bueno que aprendí en prisión.

RIMBAUD.- ¡Excelente enseñanza! Yo con el tiempo aprendí que no era un nuevo Dios, sino una de sus ladillas.

VERLAINE.- ¡Apóstata! La Iglesia es la única que me acogió en sus brazos.

RIMBAUD.- Después de condenarte por sodomita.

VERLAINE.- La iglesia hace al hombre. Me sorprende que todavía no puedas ver esto. El catolicismo es mi resignada valentía.

RIMBAUD.- ¡Cobardía!

VERLAINE.- ¡Valentía! Me veo castigado, humillado con toda justicia; y cuanto más severa es la lección, mayor es la gracia que recibo y la obligación en que estoy de corresponder.

RIMBAUD.- ¿De qué hablas? No te entiendo, te expresas en distinta lengua a la que cultivamos juntos. ¿Me puedes prestar algún dinero?

VERLAINE.- La separación de mi mujer me dejó seco.

RIMBAUD.- ¡Generoso! (**Bebe de una botella de absentia.**) ¡Toma bebe!

VERLAINE.- Ya estoy borracho. En la cárcel perdí el hábito de la bebida.

RIMBAUD.- No te preocupes, se recupera rápido.

VERLAINE.- El alcohol es como el acre amor; nos llena de torpores embriagantes. Si amas a otro, antes o después, la perdición se hará dueña de ti. Lo dulce de los instantes pasados se transforma en amarga hiel.

RIMBAUD.- Me arañas las tripas con tu palabrería sentimental.

VERLAINE.- A mí la tuya me reconforta. (**Saca un libro de su chaqueta.**) ¡Enhorabuena! Por fin publicaste un libro. "Una temporada en el infierno", define perfectamente nuestra separación.

RIMBAUD.- O nuestra relación.

VERLAINE.- Será aclamado por todos.

RIMBAUD.- No creo que se distribuya. No puedo pagar al editor.

VERLAINE.- ¡Gracias por mandármelo! Fue mi alimento en prisión.

RIMBAUD.- ¡Paladéalo! Será lo último que escriba.

VERLAINE.- ¿Qué?

RIMBAUD.- Mi mundo está en la acción.

VERLAINE.- No tienes derecho a liquidar tus facultades poéticas.

RIMBAUD.- El que está roto tiene derecho a todo, incluso a huir de sí mismo.

VERLAINE.- Pero tu naciste para ser poeta.

RIMBAUD.- Ahora la poesía sólo tiene valor de uso; no de cambio. Se convirtió en una mercancía, pero devaluada. Ya no tiene lugar en el mundo.

VERLAINE.- ¿Y tu obra anterior?

RIMBAUD.- Enjuagaduras.

VERLAINE.- ¡No puedes! Imposible. ¡Sálvate de tu propia cólera!

RIMBAUD.- No seas mojigato. Las palabras, farragosas o cordiales, sólo acompañan nuestros pasos de ciego, pero nunca nos orientan ante el precipicio.

VERLAINE.- Estás borracho.

RIMBAUD.- Lo estoy y tengo frío.

VERLAINE.- (**Abrazándole.**) ¡Yo te cuidaré! Tienes frío, y estás caliente. Cómo te arden los labios, aliento ardoroso de demonio, y sin embargo, yo daría el cielo por besarlos otra vez.

RIMBAUD.- ¡Déjame! Contigo ya braceé mi sangre y no encontré nada.

VERLAINE.- Mientes.

RIMBAUD.- Préstame dinero.

VERLAINE.- ¡Mañana! ¡Mira! Sale el sol entre la bruma.

RIMBAUD.- ¡Maldito polen! Está por todas partes. Me produce alergia.

VERLAINE.- Resucita al mundo.

RIMBAUD.- Lo reproduce, y por lo tanto, lo ahoga.

VERLAINE.- ¿Te acuerdas de las palabras de nuestro pacto? Renazcamos al mundo, como lo hacen estas semillas en el viento.

RIMBAUD.- ¡Es inútil! ¿De qué intentas convencerme como a un tonto? No somos semillas. Somos un torbellino, tanto si arrastramos granos de arena o pepitas de oro, somos la figura misma del viento.

VERLAINE- ¡Espera! (**Grita al aire.**) ¡Vosotras semillas de viento, escuchadme! ¡Vosotras que nos rodeáis haciendo círculos en el aire, suavizar la airada guerra que entabla en su corazón y evitarle los dardos amargos del reproche! ¡Devolvedle la sagrada luz de la esperanza! (**Besa en los labios a RIMBAUD.**)

RIMBAUD- (**Separándose bruscamente.**) ¿Qué haces? ¿Estás loco?

VERLAINE- Creí que lo deseabas tanto como yo. ¡Perdóname!

RIMBAUD- Me río de tu perdón. ¡Estoy maldito! Soy un borracho, un loco, un alucinado, lo que prefieras, pero no quiero nada de tu torpe cerebro. Tu eres el justo, ¡el justo! ¡Basta ya! No te soporto. Lo hice durante años. ¿Y tu eres el ojo de Dios? ¡Cobarde! Los santos y los justos me dan asco. Ni siquiera sabes ejecutar una invocación. Yo te enseñaré. (**Grita al cielo.**) ¡Brumas salid y raptad al maldito! ¡Aquí estoy! ¡Lamedme el culo, del que cuelgan mis entrañas arrebatadas, y arrastradme con vosotras!

VERLAINE- ¡No digas eso!

RIMBAUD- ¿Después de dos años crees que puedes llamar a mi puerta?

VERLAINE- Volví para avivar nuestros rescoldos encendidos.

RIMBAUD- Me embarco en un buque con destino a África... ¡Mañana!

VERLAINE- ¡Vuelve conmigo a nuestro país!

RIMBAUD- ¡Nuestro país! Éste, el nuestro, todo occidente está inspirado por la fiebre y el cáncer. Sólo se favorece a viejos y a lisiados; a los demás se los amortaja como muertos. Mañana me dejaré raptar por un barco, como un niño, y partiré rumbo al paraíso perdido del que soy un exiliado.

VERLAINE- ¿Y qué harás tú en África?

RIMBAUD- Hacerme fuerte. Volveré con los miembros de hierro, la piel oscura, la mirada furiosa; por mi máscara, me creerán de la raza fuerte. Tendré oro: seré ocioso y brutal. Cuando llegue me mezclaré en asuntos políticos y estaré salvado.

VERLAINE- ¡Iluso! ¡No puedes dejarme!

RIMBAUD.- ¿Otra vez con lo mismo?

VERLAINE.- ¡No puedo vivir sin tu hábito! Siempre te seguí, incluso sabiendo que la vida violenta, llena de escenas sin otro motivo que tu fantasía, terminaría por destruirme.

RIMBAUD.- Conmigo te condenarás.

VERLAINE.- Llevo años en el infierno, como tú... los dos separados no somos nada...

RIMBAUD.- ¡De acuerdo! Dame la mano.

VERLAINE.- ¿Cómo?

RIMBAUD.- ¡La mano!

RIMBAUD coge su mano. La sujeta con fuerza y con el filo de la navaja le produce un corte profundo. VERLAINE sangra en abundancia.

VERLAINE.- ¿Qué has hecho?

RIMBAUD.- (Abre un tajo en su mano.) ¡Dame tu mano! Es la única forma de revocar definitivamente nuestro pacto

VERLAINE.- Yo nunca lo lamenté, a pesar de las cajas de Pandora que abrió.

RIMBAUD.- ¡Dame la mano!

VERLAINE.- ¡No quiero! ¡Mira! El sol se volvió a ocultar.

RIMBAUD.- ¡Ideal!

VERLAINE.- ¡Cabrón! ¡Vuelve conmigo!

RIMBAUD.- ¡Dame la mano joder!

RIMBAUD se abalanza sobre VERLAINE. Los dos se enzarzan en una pelea, donde la corpulencia de RIMBAUD lleva todas las ventajas. Finalmente VERLAINE cae al suelo derrotado. RIMBAUD une las dos palmas de las manos ensangrentadas. VERLAINE, indolente, se recuesta sobre la hierba, cierra los ojos y solloza con amargura.

VERLAINE.- (En un susurro.) Cabrón...

Oscuro.

Escena IX.

Mala sangre.

Habitación de hospital chispeante de blancura. Una cama, oculta tras un biombo, una silla y una maleta son los únicos elementos de su despojado interior.

ISABELLE abre la maleta y extrae lo que hay en su interior; un manojo de cartas y fotografías ajadas, una pistola oxidada, un haz de billetes renegridos, un collar de colmillos de león, un puñado de tierra rojiza y una navaja de nácar.

ISABELLE.- Once años en África para traer este equipaje.

Detrás del biombo sale un MÉDICO joven estudiando unos informes.

MÉDICO.- Señorita Isabelle debería irse a la cama y descansar.

ISABELLE.- Con gusto lo haría si me lo permitiera la angustia.

MÉDICO.- Ayer vino otro periodista preguntando por su hermano.

ISABELLE.- ¿No le diría que está aquí?

MÉDICO.- Por supuesto que no, sigo sus instrucciones. Pero no sé hasta cuando podremos mantener el secreto. Todo el mundillo literario sabe que volvió y quieren descubrir donde se encuentra el que ellos titulan como "el gran maldito".

ISABELLE.- Esos puercos le destrozaron y ahora que lleva quince años sin escribir, quieren encumbrarlo al limbo de su

pocilga. La culpa la tiene ese borracho de Verlaine, que no deja de publicar artículos y recopilaciones de sus poemas.

Tras el biombo llegan los gritos entrecortados de RIMBAUD, que colman con su dolor la blancura de la estancia.

ISABELLE.- Esas condenadas corrientes eléctricas. ¿No pueden dejar de aplicárselas?

MÉDICO.- Es nuestro último recurso para atajar la parálisis.

ISABELLE.- No tiene sentido hacerle sufrir tanto.

Nuevos gritos. ISABELLE descorre el biombo. RIMBAUD yace en la cama; en el suelo una línea de tierra roja forma un círculo a su alrededor. Tiene numerosos electrodos aplicados a distintas partes de su menguado cuerpo y se contrae, con movimientos espasmódicos, al recibir las descargas eléctricas. ISABELLE arranca los cables con esmero, mientras el MÉDICO supervisa la operación sin intervenir.

RIMBAUD.- ¡Quítame la pierna!

ISABELLE.- (Al MÉDICO.) ¿Qué hace con ella puesta? (Afloja las sujeciones de la pierna artificial que lleva RIMBAUD y extrae la prótesis.)

MÉDICO.- (Auscultando a RIMBAUD.) Me lo pidió él.

RIMBAUD.- No culpes a Verlaine... quiero acostúmbreme a ella... soportaré todos los dolores del mundo para volver a andar... para salir de aquí y regresar a Adén... Verlaine, ¿me dejarás huir de este infierno?... no me castigues más... ya pasamos una buena temporada en él... no quiero repetir...

ISABELLE.- Éste no es Verlaine... es el médico que te cuida...

MÉDICO.- Es apreciable su mejoría.

ISABELLE.- (Coloca la pierna en un rincón. Habla entre murmullos con el doctor.) ¿A quién mienten? ¿A mí o a él? Porque tan convencido parece cuando le habla de su

mejoría diaria, como cuando me prepara para su muerte.

MÉDICO.- El carcinoma empeora; la parálisis alcanza las tres cuartas partes. El final es cuestión de...

ISABELLE.- Gracias por sus frías palabras.

RIMBAUD.- ¿Qué disimuláis?

ISABELLE.- Nada.

RIMBAUD.- La caridad me da arcadas. Qué alguien diga la verdad y se atreva a romper de forma excepcional las reglas de la vida. **(Pausa.)** Entiendo... os calláis. El gran "cuac" está cerca... Mi carrera sin fin se amputa... ahora que no puedo correr las hienas me darán alcance. ¿No escucháis sus risas? Están agazapadas detrás de la puerta...

ISABELLE.- ¡Ahí no hay nada!

MÉDICO.- El dolor le provoca delirios.

RIMBAUD.- **(Tuerce el cuello con fatiga hacia el MÉDICO.)** Verlaine, llámame cabrón, me gusta cuando dices esa palabra...

MÉDICO.- Le pondré una inyección de morfina.

RIMBAUD.- Lo que era hace un año y lo que soy ahora... mi vida pasó... no soy más que un pedazo de carne inmóvil... ¿verdad, ciego?...

MÉDICO.- Será mejor que les abandone.

RIMBAUD.- No te vayas... **(El MÉDICO sale.)** Me volvió a dejar solo... ¡cobarde!... **(Ríe.)** Pero no sabe que el infierno no puede atacar a los paganos...

ISABELLE.- Esto no es el infierno, es un hospital.

RIMBAUD.- ¿Por qué crimen me hice acreedor de mi debilidad?

ISABELLE.- ¿Has pensado en tu conversión?

RIMBAUD.- ¿Cómo puedo reconciliarme con el cristianismo si las monjas que me cuidan no dejan de abusar de mi por las noches?

ISABELLE.- ¡No digas tonterías! Muchos poetas se han convertido.

RIMBAUD.- ¡Mierdas!... dicen que creen, pero es para que

lean lo que escriben, para vender más, es una especulación...

ISABELLE- No. Ganarían más dinero blasfemando.

RIMBAUD- Te equivocas... fui el ejemplo contrario...

ISABELLE- Es lo único que te rogamos nuestra madre y yo...

RIMBAUD- Que aparezca ella y lo diga...

ISABELLE- Sabes que está muy ocupada con las cosas de la granja...

RIMBAUD- Que siga lejos... es lo que hizo todo la vida... con su orgullo... fría... sin un gesto de cariño... preocupada tan sólo por lograr nuestro sustento... bien, lo consiguió, nos alimentó con la carne amoratada y afligida de nuestros propios corazones... somos una más de las muchas familias ejemplares... nuestra mala sangre pide enfermedades... nuestra debilidad es la crueldad del mundo...

ISABELLE- Exageras, como siempre.

RIMBAUD- La mentira y la exageración eran mi diversión cuando gozaba de fuerzas... ahora que por fin van dejando de brotar las palabras de mi boca... me conformo con la sinceridad...

ISABELLE- Ya hablaremos de tu reconciliación con Dios...

RIMBAUD- Mañana.

ISABELLE- Ahora tienes que comer. (Coge una manzana de la bandeja que hayen en el suelo. Busca algo con que pelar su piel. Recuerda la navaja de la maleta y la alcanza.)

RIMBAUD- (Observando como surge, en una sola tira, la piel cortada de la manzana.) Yo nunca tuve tanta paciencia... Conseguiste domesticar esa navaja...

ISABELLE- Domesticar un objeto... que tontería...

RIMBAUD- No lo creas... yo lo intenté pero no pude... quise beber de todas las copas a la vez pero no llegué a saborear ninguna...

ISABELLE- (Le ofrece un trozo de manzana.) ¡Anda come!

RIMBAUD.- Tal vez la cercanía del gran "cuac" ilumine mi vida... **(Mastica con dificultad.)** Sabe a niñez... recuerdas la hierva, la lluvia, el lago bordeado de piedras negras, el claro oscuro cuando el campanario daba las doce... el diablo estaba allí a esa hora... allí me enamoré de él...

ISABELLE.- **(Se santigua.)** ¡Jesús! No seas apóstata.

RIMBAUD estalla en una carcajada bronca hasta que el dolor pone de nuevo el rictus de sufrimiento en su cara.

ISABELLE.- ¿De que te reías?

RIMBAUD.- ¿Sigue el círculo rojo en torno a la cama?

ISABELLE.- Sí, como tu ordenaste.

RIMBAUD.- Ya no sirve de nada... ábrelo... rómpelo...

ISABELLE.- ¿Qué sentido tiene todo esto? Explícamelo.

RIMBAUD.- ¡Mañana! Ahora hazlo por mí... Necesito dormir...

ISABELLE esparce con el pie la tierra roja hasta borrar la figura circular trazada. Observa la duermevela de su hermano. Apaga las luces y sale. En la penumbra las risas de las hienas se cuelan por las rendijas del cerebro de RIMBAUD. La puerta se entreabre para que pase un ramillete verdoso de acres haces de luz.

RIMBAUD.- **(Abriendo los ojos...)** Ya estáis aquí... pronto habéis olido la carne en descomposición... como sabéis que ya no me protege el círculo, ni mis lobos... Míseras hienas, no envidio vuestro olfato corrupto... **(Los gruñidos y bufidos de las hienas van aumentando.)** ¡Venid a devorarme hienas, poetas, académicos, industriales, senadores...! ¡Aquí estoy! En el espejo de vuestro pútrido aliento me veo iluminado... ahora sé que toda luna es atroz y todo sol amargo... soy polvo, nada, viento... ¡Qué mi quilla estalle y me hunda en el mar! Quiero saber quién se despertará al final de mi sueño... La tierra se derrumba sobre mí... cada vez más tuyo tierra... aquí estoy, y para siempre... ¡Venid, os aguardo!

La puerta se abre totalmente.

Detrás nada.

Silencio.

Telón.

Notas prescindibles para la puesta en escena.

Tanto Rimbaud, "el gran maldito", como Verlaine fueron unos jóvenes furiosos que quemaron con su aliento todo lo que tocaron. No pretendí escribir con esta obra una recreación histórica, lo que me interesó, fue buscar la contemporaneidad del drama de estos dos poetas universales; la rebeldía de aquellos que sufren reveses por su incapacidad para adaptarse a la "dolorosa operación de vivir" y cantan los sufrimientos de un mundo herido.

He intentado obviar el mayor número posible de nombres o referencias históricas para permitir la interpretación y lectura actualizada de la obra. Sin embargo, para los amigos de las exactitudes biográficas que lo deseen, aquí van los lugares y fechas en las que transcurren las diferentes escenas:

I a IV. París. La escena I en un pueblo cercano a París. De 1871 a 1872.

V. Charleville, ciudad natal de RIMBAUD, y París. Marzo de 1872.

VI.. París. Julio de 1872.

VII. Bruselas. Julio de 1873.

VIII. Stuttgart. Abril de 1875.

IX. Marsella. Noviembre 1891.

En cuanto a los colores que se pueden utilizar en la escenografía y en el vestuario, tan sólo citaré aquí lo que decía el propio Rimbaud:

*"Los colores son, por así decirlo, el lenguaje o la taquigrafía que todos los artistas interpretan y son muchas las metáforas o alegorías para presentarlos... Los tres colores fundamentales de la vida son tres. Primero el **negro***

*-indicador de la disolución y la putrefacción -. A continuación el **blanco**, el color de la purificación; y el tercero el **rojo**, el color del éxito completo de la realización alquímica."*

Estas indicaciones podrán ser obviadas o tenidas en cuenta por el director de escena. En él queda.